

Beatriz; y, como había dicho el duque á su mujer, parecía imposible que nadie pudiese alterar tan encantadora y completa existencia. Esta presunción obliga á dar aquí ligeros detalles acerca de la vida que hacía el señor de Rochefide desde que su mujer le había abandonado. Con esto se podrá comprender bien la enorme diferencia que nuestras leyes y nuestras costumbres establecen entre los dos sexos. Todo lo que es desgracia para una mujer abandonada, se convierte en dicha para un hombre abandonado. Este chocante contraste inspirará acaso á más de una joven la resolución de permanecer en su casa y de luchar en ella, como Sabina de Guenic, practicando á su elección las virtudes más maliciosas ó las más inofensivas.

Algunos días después de la escapada de Beatriz, Arturo de Rochefide, que pasó á ser hijo único á causa de la muerte de su hermana, primera mujer del marqués Ajuda Pinto, que no tuvo hijos, se vió dueño, en primer lugar del palacio de Rochefide, situado en la calle de Anjou-Saint-Honoré, y además de doscientos mil francos de renta que le dejó su padre. Esta opulenta herencia, añadida á la fortuna de su mujer, hizo ascender su renta á la suma de mil francos diarios. Para un hombre dotado del carácter que la señorita de Touches descubrió á Calixto en pocas palabras, esta fortuna constituía ya la dicha. Mientras que su mujer se entregaba á la maternidad y al amor, Rochefide gozaba de una inmensa fortuna, si bien gastaba tan poco dinero como gracia. Su gran vanidad, satisfecha ya con la fama de hombre hermoso, á la cual debió algunos éxitos que le autorizaban para despreciar á las mujeres, empezaba á comunicarse á la esfera de su inteligencia. Dotado de esa especie de gracia que hay que llamar reflectora, se apropiaba las salidas ajenas que oía en las piezas de teatro ó que leía en los periódicos, repitiéndolas y aplicándolas como fórmulas de crítica. Por otra parte, su alegría militar, comunicada á las conversaciones, contribuyó á que las mujeres sin talento lo proclamasen hombre de chispa, sin que las otras se atreviesen á contradecirlas. Arturo seguía este sistema en todo, pues sin ser mono debía á la naturaleza el genio de la imitación, y lo imitaba todo gravemente. Aunque no tenía gusto, sabía ser siempre el primero en dejar y adoptar las modas. Acusado de pasar demasiado tiempo en el tocador y de llevar corsé, era un modelo de esa clase de tipos que no desagradan á nadie y

que no envejecen nunca. Al verlo abandonado, todo el mundo lo compadeció. Beatriz pareció á todo el mundo inexcusable por haberle abandonado, y el ridículo sólo le alcanzó á ella. Miembro de todos los clubs, suscriptor á todos los periodicuchos que originan el patriotismo ó el espíritu de partido mal entendido, complacencia esta que contribuía á que figurase en primera línea en todo, este leal, bueno y estúpido hidalgo, á quien, desgraciadamente, se parecen muchos ricos, había de querer naturalmente distinguirse con alguna manía que estuviese de moda: se alababa, pues, de ser el sultán de un serrallo con hembras de cuatro patas, gobernado por un viejo caballero inglés y que le costaba cuatro ó cinco mil francos al mes. Su especialidad consistía en el ganado de carrera; protegía la raza caballar y sostenía una revista consagrada á la cuestión hípica; pero entendía poco en caballos, y desde las bridas hasta las herraduras lo dejaba al cuidado de su caballero. Bastará con decirnos que este semisoltero no tenía nada propio: ni su gracia, ni su gusto, ni su situación, ni su ridiculez; hasta su fortuna provenía de sus padres. Después de haber gustado las molestias del matrimonio, se consideró tan feliz al verse soltero, que solía decir á sus amigos: «¡He nacido de piel!». Satisfecho sobre todo pudiendo evitar los gastos de representación que están obligados á hacer los jóvenes recién casados, su palacio, donde nada había cambiado desde la muerte de su padre, se parecía al de aquellas gentes que están de viaje; Rochefide vivía poco en él, no comía nunca y rara vez iba á dormir á él. He aquí la razón de esta indiferencia.

Después de muchas aventuras amorosas, cansado de las mujeres del mundo, que son verdaderamente fastidiosas y que suelen rodear la dicha de demasiadas espinas, se había liado, como vamos á ver, con la señora Schontz, célebre en el mundo de las Fanny Beaupré, de las Susanas de Val-Noble, de las Marietas, de las Florentinas, de las Jenny Cadine, etc. Ese mundo, del que uno de nuestros dibujantes dijo con mucha gracia, mostrando el torbellino que formaba en el baile de la Ópera: «Cuando se piensa que todo eso se alquila, se viste y vive bien, acaba uno por formarse una idea triste del hombre!» ese mundo tan peligroso ha hecho ya irrupción en esta historia de las costumbres con las figuras típicas de Florina y de la ilustre Málaga, que figuran en una *Hija de Eva* y en la *Querida simulada*; pero, para

describirlo con fidelidad, el historiador debe de proporcionar el número de estos personajes á la diversidad de sus singulares existencias, que acaban con la indigencia bajo la forma más odiosa, con muertes prematuras, con el bienestar, con matrimonios felices y, á veces, con la opulencia.

La señora Schontz, conocida al principio con el nombre de la Pequeña Aurelia, para distinguirla de una rival suya mucho menos graciosa que ella, pertenecía á la clase más elevada de esas mujeres cuya autoridad no puede ser puesta en duda ni por el prefecto del Sena ni por los que se interesan por la prosperidad de la ciudad de París. Ciertamente que la *rata* tachada de demoler fortunas á veces hipotéticas, sólo puede rivalizar con el castor. Sin las Aspasia del barrio de Nuestra Señora de Loreto, no se construirían tantas casas en París. Cual gastadores del ejército, esas mujeres, remolcadas por la especulación, van plantando sus tiendas á lo largo de las colinas de Montmartre, en aquellas soledades de piedras esculpidas que pueblan las calles europeas de Milán, Amsterdam, Estocolmo, Londres y Moscou, estepas arquitectónicas donde el viento hace mugir á innumerables rótulos que acusan el vacío con estas palabras: *Casas para alquilar*. La situación de estas señoras se determina por la que ocupan en estos barrios apócrifos: si su casa está próxima á la línea trazada por la calle de Provenza, la mujer tiene rentas y su presupuesto es próspero; pero si esta mujer asciende hasta la línea de los bulevares exteriores ó hasta la horrible villa de Batiñoles, es que carece de recursos. Ahora bien, cuando el señor de Rochefide encontró á la señora Schontz, ésta ocupaba el tercer piso de la única casa que existía en la calle de Berlín, y estaba, por lo tanto, acampada entre la frontera de la desgracia y París. Ya debéis comprender que esta mujer no se llamaba ni Schontz ni Aurelia, sino que ocultaba el nombre de su padre, veterano del Imperio, eterno coronel que florece al calor de esas existencias femeninas, ya como padre ó ya como seductor. La señora Schontz había recibido la educación gratuita de San Dionisio, donde se educa admirablemente á las jóvenes, pero donde éstas no encuentran ni maridos ni salida al abandonar aquella escuela, *admirable creación* del Emperador, á la que no falta más que una sola cosa: ¡el Emperador! «¡Yo estaré ahí para procurar maridos á esas jóvenes con mis soldados!» había respondido el general á la

observación de uno de sus ministros que preveía el porvenir. Napoleón también había dicho: «¡Yo estaré ahí!» á los miembros del Instituto, á los cuales más valió que no les diesen sueldo, antes que enviarles *ochenta y tres francos al mes*, paga inferior á la de muchos dependientes de comercio. Aurelia era, en efecto, hija del intrépido coronel Schiltz, que era uno de los jefes de aquellos audaces partidarios alsacianos que estuvieron á punto de salvar al Emperador de la campaña de Francia, y que murió en Metz, robado y arruinado. En 1814, Napoleón puso en San Dionisio á la pequeña Josefina Schiltz, que contaba á la sazón nueve años. Huérfana de padre y madre, sin asilo y sin recursos, esta pobre niña no fué despedida del colegio á la segunda vuelta de los Borbones, sino que siguió siendo la directora de él hasta 1827, época en que perdió la paciencia y se propuso sacar partido de su belleza. A su mayor edad, Josefina Scholtz, ahijada de la emperatriz, emprendió la vida aventurera de las entretenidas, invitada á ese dudoso porvenir por el ejemplo fatal de algunas compañeras que carecían, como ella, de recursos y que aplaudieron su resolución. Sustituyó el *él* del nombre paterno por *su*, y se colocó bajo el patronato de santa Aurelia. Vivaracha, inteligente é instruida, Aurelia hizo más progresos que sus estúpidas compañeras, cuyos amores todos tuvieron por base el interés. Después de haber conocido escritores pobres, pillos, é inteligentes, pero llenos de deudas; después de haber intentado explotar á algunos hombres ricos tan calculadores como estúpidos; después de haber sacrificado lo sólido al amor verdadero y de haber frecuentado todas las escuelas donde se adquiere experiencia, un día de extrema miseria, en que bailaba, vestida con una bata, un sombrero y una mantilla prestados en casa de Valentino, llamó la atención de Arturo, que había ido allí para ver el famoso galop. La huérfana fanatizó con su talento á aquel hidalgo que no sabía ya á qué entregarse, y dos años después de haber sido abandonado por Beatriz, el marqués no fué vituperado por nadie al casarse en el décimo tercio distrito de París con una Beatriz de ocasión.

Bosquejemos aquí las cuatro estaciones de esta dicha. Es necesario demostrar que la teoría del matrimonio en el décimo tercio distrito alude igualmente á todos los administrados. Sea usted marqués y cuadragenario, ó sexagenario y marqués retirado, seis veces millonario ó rentista (véase

un *Debut en la vida*), gran señor ó plebeyo, la estrategia de la pasión, salvo las diferencias inherentes á las zonas sociales, no varían nunca. El corazón y la caja están siempre en concordancia exacta y definida. Finalmente, estimaréis las dificultades que la duquesa debía encontrar para la ejecución de su caritativo plan.

No es posible formarse idea del efecto que producen ciertas palabras en las gentes ordinarias, ni el mal que hacen las gentes de chispa que las inventan. Por ejemplo: ningún tenedor de libros podría calcular las sumas que han quedado improductivas y encerradas en el fondo de los corazones generosos y de las cajas por esta innoble frase: *¡Hacer el primo!*

Esta palabra se ha hecho tan popular, que bien puede uno permitirse sacarla en estas páginas. Por otra parte, para penetrar en el décimo tercio distrito, es preciso aceptar su pintoresco patuá. El señor de Rochefide, como todo hombre de pocos alcances, temía siempre ser *emprimado* (el sustantivo se ha convertido ya en verbo). Desde que empezó á sentir su pasión por la señora de Schontz, Arturo estuvo siempre alerta y se mostró muy *rata*, como dicen en el caló de los talleres de pintura. La palabra *rata*, cuando se aplica á una joven, significa el comensal, pero aplicada al hombre significa el anfitrión que escatima. La señora Schontz tenía demasiado talento y conocía demasiado bien á los hombres, para no concebir las mayores esperanzas al ver semejante principio. El señor de Rochefide alquiló por quinientos francos al mes á la señora Schontz, le amuebló mezquinamente una habitación de mil doscientos francos en la calle de Coquenard y se puso á estudiar el carácter de Aurelia, la cual, al apercibirse de aquel espionaje, procuró disimular sus defectos, de tal modo, que el marqués encantóse de encontrar una joven dotada de tan buen carácter, aunque no le asombró, pues su madre había sido una mujer distinguida y Aurelia había recibido muy buena educación: hablaba el inglés, el alemán y el italiano; conocía á fondo las literaturas extranjeras y podía luchar sin desventaja con pianistas de segundo orden. Y ¡fijaos bien en este detalle! hacía con sus conocimientos como las personas bien nacidas, es decir, no decía palabra. Por otra parte, cogía el pincel en casa de un pintor, lo manejaba por burla y hacía una cabeza bastante bien para producir un asombro general. Durante

el tiempo que había sido directora, para distraer sus ocios, había hecho progresos en el dominio de las ciencias; pero su vida de mujer entretenida había cubierto aquellas semillas con una capa de sal, y, naturalmente, hizo honor á su Arturo de la florescencia de estos gérmenes preciosos recultivados para él. Aurelia empezó, pues, por ser tan desinteresada como voluptuosa, logrando así esta débil corbeta enganchar seguramente sus garfios á aquel buque de gran porte. Sin embargo, á fines del primer año, Aurelia hacía un ruido infernal con sus zuecos, haciendo de modo de poder entrar en el momento en que el marqués la esperaba, y ocultaba de un modo visible los bajos de sus faldas llenas completamente de barro. Por fin, supo persuadir de tal modo á su gran papá de que toda su ambición, después de tantas alternativas, estribaba en conquistarse honradamente una posición desahogada, que, diez meses después de su encuentro, se declaró la segunda fase.

La señora Schontz logró un hermoso piso en la calle Nueva de San Jorge. Arturo, no pudiendo ya disimular su fortuna á la señora Schontz, le dió magníficos muebles, un servicio completo de mesa de plata, mil doscientos francos al mes, un cochecito con un caballo y un criadito para el mismo. La Schontz no le agradeció esta magnificencia, porque descubrió los motivos de la conducta de Arturo y rió en ella cálculos de rata. Cansado de la vida de la fonda, donde la carne es casi siempre execrable y donde una comida cuesta sesenta francos para uno y doscientos francos cuando se invita á tres amigos, Rochefide ofreció á la señora Schontz cuarenta francos diarios por su comida y la de un amigo. Aurelia se guardó bien negarse á ello. Después de haber hecho aceptar todas sus letras de cambio de moral, la Schontz fué escuchada favorablemente cuando reclamó quinientos francos más al mes para su tocado á fin de no avergonzar á su gran papá, cuyos amigos todos pertenecían al Jockey Club.

—¡Sería bonito que Rastignac, Máximo de Trailles, Espartero, La Roche-Hugón, Ronquerolles, Laginski, Lononcourt y otros le encontrasen á usted con una señora Everard! Por otra parte, confíe usted en mí, papaito, y saldrá ganando. En efecto, Aurelia procuró desplegar nuevas virtudes en esta nueva fase, y se inició en su papel de ama de casa, sacando de él gran partido.

Según decía ella, acababa el mes sin deudas y con dos mil quinientos francos ahorrados, lo cual no se ha visto nunca en el arrabal Saint-Germain del décimo tercio distrito, y servía comidas infinitamente superiores á las de Nuingen, con exquisitos vinos de diez á doce francos la botella. De modo que Rochefide, maravillado y satisfecho de poder invitar con frecuencia á sus amigos á casa de su querida, sin que le costase gran cosa, le decía estrechándola por el talle:

—¡Eres un tesoro!

Rochefide no tardó en tomarle un tercio de palco en los Italianos, acompañándola á las primeras representaciones. Más tarde, empezó á consultar á Aurelia, reconociendo la excelencia de sus consejos, y ella le permitía que emplease los chistes que decía á cada paso, los cuales, como no eran conocidos, dieron al marqués reputación de hombre gracioso. Por fin, un día en que Aurelia se negó á abandonarle por un príncipe ruso que le ofrecía cinco mil francos mensuales, Rochefide adquirió la seguridad de que le amaba verdaderamente y sin interés.

—Marqués, es usted un hombre feliz—exclamó el anciano príncipe Galantione al acabar un día una partida de whist en el Club.—Ayer, cuando me dejó usted solo con la señora Schontz, quise *birlársela*, pero ésta me respondió: «Querido mío, usted no es tan guapo ni tan joven como Rochefide, y seguramente me maltrataría, mientras que él me considera como una hija; de modo que ya ve usted que no salgo ganando en el cambio... Yo no siento por Arturo la pasión loca que senti por aquellos calaveras cuyas deudas tenía que pagar, sino que le amo como ama una mujer á su marido cuando es honrada.» Y esto diciendo, me puso de patitas en la calle.

Este discurso dió por resultado el que aumentase prodigiosamente el estado de abandono y de degradación que deshonoraba el palacio de Rochefide. Arturo se fué á vivir á casa de la señora Schontz, y quedó tanto más satisfecho de este cambio, cuanto que al cabo de tres años había ahorrado cuatrocientos mil francos.

Con esto empezó la tercera fase. La señora Schontz se convirtió en tierna madre del hijo de Arturo, al cual iba á buscar al colegio para llevarle á su casa, colmándole de regalos, de golosinas y de dinero, recibiendo en cambio el

nombre de *mamaita* de los labios de aquel niño, que la adoraba. Después, Aurelia empezó á manejar la fortuna del marqués, aconsejándole que comprase papel antes del famoso tratado de Londres que derribó el ministerio del primero de marzo, siendo operación esta en la que Arturo ganó doscientos mil francos sin que Aurelia le pidiese en cambio un céntimo. Como noble que era, Rochefide colocó los doscientos mil francos en acciones del Banco, poniendo la mitad á nombre de la señorita Josefina Schilz. Un hotelito, alquilado en la calle de La Cruyere, fué encomendado al arquitecto Grindot para que hiciese en él grandes reformas. Desde entonces, Rochefide no tuvo que contar ya para nada con los gastos de la señora Schontz, la cual cobraba sus rentas y pagaba sus facturas. Convertida en su mujer... de confianza, Aurelia justificó este título haciendo á su amante más feliz que nunca y satisfaciendo sus menores caprichos, como la señora de Pompadour satisfacía los de Luis XV. En una palabra, que la señora Schontz pasó á ser dueña absoluta, y pudo permitirse proteger á artistas y letrados que aspiraban á la gloria, pretendiendo crearse una gran reputación haciendo en cambio cosas de poco valor. La conducta de la señora Schontz, que era una maestra en gramática parda, debe daros una idea de su talento: en primer lugar, diez ó doce jóvenes divertían á Arturo proveyéndole de un caudal de chistes y de graciosos calambours, y alababan la fidelidad de la dueña de la casa, á la cual tenían por mujer de grandes dotes; de modo que estos anuncios ambulantes crearon á la señora Schontz la reputación de ser la mujer más agradable que separa el décimo tercio distrito de los doce restantes. Sus rivales, Susana Gaillard, la cual, desde 1838, tenía la ventaja de haber pasado á ser mujer casada en legítimo matrimonio (pleonismo necesario para dar á entender un casamiento verdadero), Fanny Beaupré, Marieta y Antonia, hacían circular las más picarescas calumnias acerca de la belleza de estos jóvenes y de la complacencia con que el señor de Rochefide los acogía. Un día, en una cena que dió Nathan en casa de Florina, después de un baile de la Opera, la señora Schontz, que, según decía ella misma, dejaba atrás á sus rivales en el arte de la chismografía, les dijo, después de haberles explicado su fortuna y su éxito, un «¡Haced vosotras otro tanto!» del que aún conservan recuerdo. Por esta época, la señora Schontz hizo vender los caballos de carrera, fun-

dándose en consideraciones que debía, sin duda, al espíritu crítico de Claudio Viñón, que era uno de sus comensales.

—Yo concebiría que los príncipes y las gentes ricas protegiesen la hipiátrica para hacer un bien al país, pero no por la pueril satisfacción de un amor propio de jugador. Si estuvieseis posados en vuestras tierras, si criaseis mil ó mil doscientos caballos, si cada uno hiciese correr en las carreras las mejores crías de su ganadería, y si todos los ganaderos de Francia y de Navarra concurrieran á esa solemnidad, la cosa sería grande y hermosa; pero vosotros compráis una buena cría, como hacen los empresarios con los artistas, la explotáis hasta que no da juego, creando la Bolsa de caballos en competencia con la Bolsa de las rentas, y eso me parece indigno. ¿Gastaríais acaso sesenta mil francos por leer en los periódicos: «*Lelia, del señor de Rochefide, ganó la carrera á Flor de Retama, del señor duque de Rethoré...*»? Valdría más que dieseis ese dinero á poetas, que os harían inmortales, como al difunto Montión.

A fuerza de sermones, el marqués reconoció la razón é hizo aquella economía de sesenta mil francos. Y, al año siguiente, la señora Schontz le dijo:

—Ahora ya no te cuestó nada, Arturo.

Entonces, muchas personas envidaron al marqués y quisieron quitarle la querida; pero perdieron el tiempo, lo mismo que el príncipe ruso.

—Escucha, querido mío—había dicho Aurelia quince días antes á Finot, que se había hecho rico,—estoy segura de que Rochefide me perdonaría una pasión si yo llegase á volverme loca por alguno, y ya comprenderás que no se deja á un hombre de estas condiciones por un advenedizo como tú. Tú no podrías mantenerme en la posición en que me ha colocado Arturo, el cual ha hecho de mí una mujer distinguida, ni podrías tampoco dignificarme, aunque te casases conmigo.

Este fué el golpe final que coronó la obra de aquella mujer, pues este dicho llegó á oídos ajenos y no tardó en correr de boca en boca.

Con esto empezó la cuarta fase, la del *apego*, la última victoria de esos planes de campaña que contribuyen á que esa clase de mujeres puedan decir de un hombre: «¡Es mió!» Rochefide, que acababa de comprar el hotelito á nombre de la señorita Josefina Schilz, bagatela que le costó ochenta

mil francos, había llegado, cuando la duquesa empezó á formar su plan, á envanecerse con su querida á quien llamaba Ninón II para celebrar su rigurosa probidad, sus excelentes maneras, su instrucción y su talento. El marqués había limitado sus gustos y sus placeres á los de la señora Schontz, y se encontraba en esa época de la vida en que, ya sea por cansancio, ya por indiferencia, ó ya por filosofía, un hombre no cambia y se atiene á su mujer ó á su querida.

Se comprenderá todo el valor adquirido en cinco años por la señora Schontz, si se tiene en cuenta que era preciso ser propuesto de antemano para ser presentado en su casa, y que se había negado á recibir á gentes ricas, pero desacreditadas, admitiendo únicamente en sus salones á la aristocracia.

—Estos tienen derecho á ser bestias, porque, al menos, lo son de una manera distinguida.

Aurelia poseía ostensiblemente los trescientos mil francos que Rochefide le había dado, los cuales le administraba un *buen dependiente de una agencia de cambio*, llamado Gobenheim, único plebeyo que era admitido en su casa; pero, por otra parte, Aurelia manejaba por sí sola una fortuna secreta de doscientos mil francos, compuestos de sus rentas economizadas durante tres años y de los productos del movimiento continuo de los trescientos mil francos, única suma que ella decía poseer.

—Cuanto más gana usted, menos se enriquece—le dijo un día Gobenheim.

—¡Es tan cara el agua!—decía ella.

El tesoro desconocido iba aumentando con las joyas y diamantes que Aurelia llevaba un mes y vendía luego y con las sumas que le sacaba al marqués para pagar sus caprichos. Cuando le decían que estaba rica, la señora Schontz respondía que los intereses de trescientos mil francos ascienden sólo á doce mil, cantidad que había gastado ella siempre hasta en los tiempos más calamitosos de su vida, es decir, cuando amaba á Lousteau.

Esta conducta anunciaba un plan, y no dudéis que la señora Schontz tenía el suyo. Celosa hacía dos años de la señora de Bruel, Aurelia estaba dominada por la ambición de casarse legítimamente. Todas las posiciones sociales tienen su fruto prohibido, y una insignificancia, agrandada por el deseo, llega á convertirse en desesperante anhelo. Esta am-

bición aumentaba con la ambición de un segundo Arturo, que nadie podía descubrir. Bixiou creía que el preferido era León de Lora, y el pintor creía que lo era Bixiou, que pasaba ya de los cuarenta años y que tenía que procurarse un porvenir. Las sospechas recaían también en Víctor de Vernisset, poeta de la escuela de Canalis, cuya pasión por la señora Schontz llegaba hasta el delirio, y el poeta acusaba al escultor Stidmann de ser su feliz rival. Este artista, dotado de buena figura, trabajaba para los plateros, para los bronceístas y para los joyeros, aspirando á ser émulo de Benvenuto Cellini. Claudio Viñón, el joven conde de la Palferina, Gobenheim, Vermantón, filósofo cínico, y otros concurrentes á aquel divertido salón fueron sucesivamente considerados como amantes de la Schontz y reconocidos después como inocentes. Pero nadie estaba á la altura de Aurelia, ni aun el mismo Rochefide, que la creía enamorada del joven la Palferina: la Schontz era virtuosa por cálculo y pensaba en hacer un buen casamiento.

Sólo un hombre sospechoso se veía en casa de Aurelia, y éste era Couture, que más de una vez había hecho llorar á los bolsistas. Pero Couture era uno de los primeros amigos que había tenido la Schontz, que era, por otra parte, la única persona que no le había vuelto la espalda. La falsa alarma de 1840 se llevó el último céntimo de este especulador, que creyó en la habilidad del primero de marzo. Aurelia, al verle tan desgraciado, hizo jugar á Rochefide, como hemos visto ya, en contra de él. Feliz al ver que tenía siempre un cubierto en la mesa de Aurelia, Couture, á quien Finot daba de tiempo en tiempo algunos billetes de mil francos, era el único bastante calculador para ofrecer su nombre á la señora Schontz, la cual lo estudiaba para saber si el atrevido especulador tendría poder para crearse una posición en política y agradecimiento para no abandonar nunca á su mujer. Couture, hombre de unos cuarenta años, muy gastado, no trataba de evitar la vulgaridad de su nombre con la elevación de su cuna, pues hablaba poco de sus padres. La señora Schontz se quejaba de la escasez de gentes capaces, cuando Couture le presentó á un provinciano que iba provisto de esas dos asas por las que las mujeres suelen coger esa clase de cántaros cuando quieren conservarlos.

Bosquejar este personaje equivaldrá á descubrir una porción de la juventud actual. La digresión será aquí historia.

En 1838, Fabián del Ronceret, hijo de un presidente de la Audiencia de Caen muerto hacia un año, dejó la ciudad de Alençon presentando la dimisión de juez, cargo en que su padre le había obligado á perder el tiempo, según decía él, y se fué á París con intención de hacer carrera, idea normanda difícil de realizar, pues apenas contaba con ocho mil francos de renta y su madre vivía aún y ocupaba como usufructuaria un importante inmueble en Alençon. En varios viajes que había hecho á París, este joven había examinado el terreno y reconocido el gran vicio del falso ennoblecimiento social de 1830. De modo que contaba explotarlo en provecho propio, imitando á algunos perillanos de la burguesía. Esto exige que dirijamos una rápida ojeada al nuevo estado de cosas.

La igualdad moderna, desarrollada excesivamente en nuestros días, ha contribuido á que en la vida privada, al igual que en la política, se hayan desarrollado atrozmente el orgullo, el amor propio y la vanidad, que son las tres grandes divisiones del yo social. Los tontos quieren pasar por listos, los listos quieren pasar por gente de talento, las gentes de talento quieren ser tratadas como genios, y, respecto á los genios, ya son más razonables, se contentan por pasar sólo por semidioses. Esta pendiente del espíritu público actual, que contribuye á que en el Congreso el industrial envidie al hombre de Estado y el administrador al poeta, lleva á los necios á denigrar á los listos, á éstos á denigrar á los talentos, á los talentos á denigrar á los que les sobrepujan algunas pulgadas, y á los semidioses á amenazar á las instituciones, al trono y á todo lo que no les adore incondicionalmente. Cuando una nación derrumba impolíticamente á las superioridades sociales reconocidas, abre esclusas por donde se precipita un torrente de ambiciones secundarias, la menor de las cuales aspira á imperar sobre las demás; según los demócratas, tenía un gran mal la aristocracia, pero un mal definido, circunscrito; y hoy, aquella aristocracia se ha convertido en diez aristocracias contendientes y armadas que han engendrado la peor de las situaciones. Al proclamar la igualdad de todos, se promulgó la *declaración de los derechos de la envidia*. Hoy gozamos de los saturnales de la Revolución transportados á la esfera, apacible en apariencia, del espíritu, de la industria y de la política; así es que parece que las reputaciones debidas al trabajo, á los buenos servicios y al talento, sean pri-